

FERNANDO MARIÁS

**El vengador
del Rif**

libr-e

Fernando Marías

El vengador del Rif

1. ¿Insólitamente o inauditamente?

La pantalla del ordenador estaba color rojo sangre (es el tono que utilizo como fondo relajante), pero no se veía en ella ni una sola palabra. La triste realidad era que había prometido entregar una novela y no tenía nada excepto la idea general, y eso con algunos interrogantes. Dudaba entre las siguientes opciones de arranque argumental:

a) Tras treinta años de ausencia, un tipo vuelve a casa.

b) Tras treinta años de vida hogareña el mismo tipo, con alguna variante en su perfil psicológico, se larga para siempre.

El cursor parpadeaba socarrón, igual que durante las últimas tres horas y media, simbolizando el ritmo interno de mi angustia: imparable, irreversible... Intolerable. ¿Iba a consentirlo? ¡No, nunca! Respiré hondo, y empecé a escribir:

Insólitamente¡Bien! ¡Un gran principio para cualquier novela! Contundente. ¡Y abierto, podía continuar por donde quisiera!

Insólitamente¡Un momento! ¿Me convencía la palabra? Convencerme realmente, sin concesiones, hay que ser estricto. Hice una pausa para pensarlo con calma...

¿Mejor «asombrosamente»? No, demasiado cotidiana...

¿«Prodigiosamente»? Psss, vulgar...

Y «portentosamente» tampoco: confunde al lector, suena a portero, como decir «conserjemente» o «bedelmente»...

¡Ya! ¡«Inauditamente»! Melódica y con impacto.

¡Espléndida!, pensé. Y volví al ordenador:

Inauditamente. Inauditamente... In-au-di-ta-men-te. ¿Inauditamente qué? Con tanta orfebrería me había perdido: nada, vacío absoluto. «Inauditamente» era una liebre que tras esquivar el disparo me dejaba con la escopeta descargada, solo y desvalido frente a un páramo mental con arbustillos al fondo. Calma, nada de angustiarse, me dije: desde el principio, con mimo, como si estuvieras removiendo un batido de nitroglicerina... Porque me angustio, cuando se me va una idea de la cabeza me angustio: una vez empecé una novela increíble, buenísima, una cosa sin precedentes, genial, el Pulitzer como mínimo, y en la segunda línea se me fue la idea y nunca volvió. Y desde entonces me angustio.

Calma y empecemos de cero.

Inauditamente;¡Nada!

Rumiaba la posibilidad de tirar por el camino de enmedio y retomar el «insólitamente» cuando sonó el teléfono. Acepté la tregua del destino y descolgué.

–¡Massho! ¿Qué haccs, tío? –dijo al otro lado del auricular la voz que encabeza mi lista privada de voces que, de buena mañana, detesto oír al otro lado del auricular–. Esscribiendo alguna shorra-diya de lass tuyass, ¿no? Casshondo, que eress un casshondo...

¿Mi novela sobre el tipo que va y viene, una «sshorradiya»...? ¡Eso merecía una respuesta cargada de tensión!

–Brrr... scrib... tar... denador... –dije para mostrarle mi desprecio. Aunque, a la vez, me preguntaba qué querría esta vez José María Arrasadera Junior.

–Ess un casshondo, el tío –explicó, entre repentinas carcajadas por completo fuera de lugar, a la persona que debía de estar a su lado antes de dirigirse de nuevo a mí–. ¡Que no sse te capta, sshaval! Hay que *vocli-zar* bien, *massho*, *voc-li-zar*. Oyess, en sserio, tenemoss que hablar de un assuntiyo.

Ya había tardado en utilizar su palabra fetiche.

–Pues nada, ya sabes... Tus asuntillos son los míos –dije, a medio camino entre la zalamería y la cautela. José María Arrasadera Junior es un cantamañanas, pero tiene buena mano en el mundo de la televisión. Y ya se sabe que la televisión es dinero. Hm... Me excité.

–Ssi te digo con quien estoy, no te lo creess –dijo sin decirme con quien estaba; y luego, en voz baja y tapando mezquinamente el auricular, explicó al otro–: Ssi sse lo digo no sse lo cree, te lo digo yo. Oyess, *massho* –otra vez a mí–, que esste curro ess urgente. Y cossa sseria. ¿Cuándo te passo la documentación? Y te doy tu talón, claro... ¿Oyess? ¿*Massho*? ¿Siguess ahí, sshavalote?

–Sí, sí, es que se había ido la voz... –mentí. No era la voz lo que se había ido, sino el control mental de mis nervios motores. José María Arrasadera Junior había pronunciado, sílaba a sílaba, las palabras «Y-te-doy-tu-ta-lón». In-sólito, asombroso, prodigioso, portentoso, conserje, bedel, inaudito, talón: tu-ta-lón. O sea: mi-ta-lón.

«Yo no ssoy hombre de taloness, ya lo iráss viendo. Yo cass, cass, todo cass, cass ess lo mejor», me había dicho José María Arrasadera Junior el día que me lo presentó un guionista que trabajaba para él pero tuvo que irse de repente a Siria. Aquel día tardé unos segundos en comprender que «cass» era cash, y cuando lo hice José María Arrasadera Junior ya se había adentrado en el siguiente punto de su férreo código deontológico, de franqueza que solo se veía superada por la exquisitez de la exposición:

–Mira, massho, hay doss tiposs de focass: lass focass que pa’palmotear necesitan ansshoa y lass focass que pa’palmotear no necesitan ansshoa. Tú, antess de que intimemoss máss, me tieness que decir de qué classe de foca eress.

–Hombre, qué quieres que te diga... Yo, de las de anchoa. Foca de las de anchoa –respondí tras deducir que su refinada metáfora pretendía averiguar si se contaba entre mis costumbres la de solicitar una parte del sueldo por adelantado.

–Entoncess sshócala, massho. Sshócala, que eress de los míoss. Pa’mí, todo lo que ssea ssin ansshoa sse me hace cossa de ná, cossa de sshiquilicuatress.

Y así, «sshocándola», empezamos una relación laboral que, por un lado, podía considerarse fructífera –sorprendentemente, José María Arrasadera Junior lograba levantar proyectos televisivos a pesar de sus maneras de catedrático del arroyo– y, por otro, frustrante: ni una sola vez conseguí obtener de él un adelanto mínimamente sustancioso. Sin embargo, lograba hacerme picar una y otra vez porque era generoso al fijar mi sueldo; no lo pagaba en el plazo previsto, pero era generoso al fijarlo. «Entoncess, massho, medio kilo, ¿no? Hessho, toma ahora esstoss cien euross de ade-

lanto y mañana te passass por la oficina y la sshica te da máss.» La oficina no existía, y mucho menos la chica –aunque él, zorruno hasta el fin, apostillaba la mentira con un desconcertante: «Esso ssí, no antess de lass once, que la sshica no madruga»–, pero nuestra relación iba tirando porque José María Arrasadera Junior, al final, siempre pagaba. Aunque nunca antes había dicho, como ahora, que tuviera para mí un talón: «Loss taloness ssolo cuando ya la cossa sse ve sshunga, pero sshunga de verdá. In esstremiss. Pero mussho: muy in esstremiss». ¿Se trataría –tragué saliva– de una «cossa sshunga»? ¿O, por una vez, de un «assuntiyo» serio? ¿Y de una cantidad respetable?

–¿Tú tieness fass?

Tengo, pero nunca antes le había dado el número porque nunca antes había tenido que mandarme documentación alguna. Se lo di ahora.

–Tiene, tiene fass –oí que decía a su enigmático y mudo interlocutor–, ya te decía yo que cómo no iba a tener fass. ¡Está hessho un mosstruo, con ssu fass y todo! Bueno, mosstruo, pues lo dissho. Ahora misssimo te mando por fass la documentación y la passta para que vayass currando. Te dejo, que ha llegado la zodiac y nos vamos pa'l yate a papear-noss unass gambass.

Y colgó.

Me quedé unos segundos asimilando la catarata final de datos: documentación, dinero, zodiac, yate, incluso gambas... Un tentador mundo de lujo y promesas doradas me pasó un rodillo de saliva por las papilas gustativas, impidiéndome caer en ese momento en la cuestión crucial. ¿Cómo iba a hacer para enviar mi dinero a través del «fass»? Conocí la respuesta diez minutos después: simplemente, no enviándomelo.

FAX DE: JOSÉ MARÍA ARRASADERA JUNIOR, PRESIDENTE DE ARRASADERA S. A. (ARRASADERASA)

A: FERNANDO MARÍAS

«Chato

Empezaba así: «chato» y no «sshato». Lo celebré; al menos, el peculiar acento que derrochaba no había contaminado aún su estilo epistolar.

»Como de focas, hay dos tipos de clientes: los que aunque no caigan en nuestras redes viene a dar lo mismo, porque son mindundis y su contribución a nuestro despeque definitivo nunca iba a ser determinante, y los que como se te escapen te amargan para siempre, convirtiéndote en un ser obsesionado y lleno de hiel que hace la vida imposible a hijos y otros allegados. Pues bien, macho, el tío al que estoy viendo en estos instantes vomitar por la proa, mareado por el oleaje que nos ha sacudido viniendo en la *zodiac*, es de los segundos. ¡Y quiere hacer una película! ¿Hace falta decir que mis redes se desplegaron apenas pronunció la palabra? No, ¿verdad? Pues entonces, no lo digo.

»Lo que sí te digo es lo que espero de ti. El asunto es un tema histórico y quiero que hagas lo de las otras veces: empaparte de los hechos y buscar un argumento que le guste al cliente y me permita a mí comenzar a emitir facturas.

»Te adjunto toda la documentación que poseo en dossiers separados y numerados.

»*Dossier 1) ASUNTO/LOCALIZACIÓN HISTÓRICA:*

»El Rif. Es un sitio que por lo visto está en Marruecos, o estaba. Lo principal es que tiene de todo: desierto –luz a

destajo, eso que me ahorraré en focos-, legionarios y moros emboscados. (Vamos, uno de esos guiones que se hacen solos, tenlo en cuenta en el precio; yo, desde luego, lo tendré.)

»*Dossier 2) DOCUMENTACIÓN:*

»Tú mismo, busca que para eso te pago. De todas formas, el propio cliente me indica que es fan del augusto investigador, tertuliano radiofónico, laureado poeta de la milicia y general de caballería retirado, el ínclito Jesús María Sáez de la Encumbra. A lo mejor tienes que adaptar alguna de sus obras, o sea, que de entrada no le tengas paquete. Por si acaso, papéate todo lo que haya escrito.

»*Dossier 3) ARGUMENTO QUE SE BUSCA:*

»El cliente quiere impepinablemente aventuras y venganzas. De hecho, ese es el título que sugiere: *El vengador del Rif*. O sea, que venga, chaval. A estrujarse las neuronas.

» *Otros)*

«Atención, una última, pero no menos importante consideración: por aquello de la imagen y el merchandaisin, el cliente quiere que te fijes en el aspecto del tal Sáez de la Encumbra y pases un informe al respecto (yo, que estoy en todo, sugiero fotografía), no vaya a ser que en habiendo adquirido los antedichos derechos audiovisuales haya que lucirlo en prensa y/o televisiones y el tío tenga un careto y/o maneras imposibles. No lo pases por alto, que la fotito de marras puede engordar mi bolsa y, en consecuencia, la tuya.

»Posdata: ¡Bruto de mí, no haber caído antes! Aunque te mande el talón por fass no vas a poder cobrarlo,

porque seguro que el cajero del banco te saldrá con que si no es un documento válido, o cualquier milonga, que sabes que su gremio es de natural desconfiado. Sin embargo, y para que veas mi buena intención, te mando fotocopia del talón que te aguarda (aunque sin firmar, que lo mismo el fass del yate, cosas más raras se han visto, está puentado y me calcan la firma Dios sabe para qué; y sin especificar la cantidad, que eso es una cosa muy íntima entre tú y yo). Te diría que mañana te acercases por la oficina para que la chica te dé pasta, pero la chica está aquí con nosotros, en el yate, y tampoco vas a hacerle a la pobre coger un tren para presentarse allí mañana cuando no tenemos constancia de que tú te puedas pasar a cobrar. O sea, que nada, chato, lo dejamos para mi vuelta y así te lo doy en efectivo mientras comemos, que acuérdate que me debes una comida donde yo quiera. Te dejo, que vuelve el cliente de vomitar.»

La irritación por la novedosa fórmula de impago –una fotocopia, desdibujada por el filtro del fax, de algo que podía ser un talón sin cumplimentar, pero *también* una participación de lotería de siglos pasados o una entrada de circo usada– me llevó a descuidar momentáneamente la perplejidad ante el apartado «documentación».

Nunca me había sentido tan abrumado por la cantidad de datos... Todo un récord; solo cinco letras –el Rif– y el nombre rimbombante de un tipo que, a primera vista, tenía todas las trazas de ser un pelmazo: Jesús María Sáez de la Encumbrada.

Sin embargo, consideré su localización mi primera tarea, el punto uno. Borré «Inauditamente» –tan vacua de sentido desde cualquier punto de vista–, me conecté a internet y tecleé www.buscautores.com, página de un colega que se dedica a la localización de escritores a partir de cualquier criterio imaginable e incluso inimaginable:

«Manolo, encuéntrame a un tal Jesús María Sáez de la Encumbra y hazme lista de sus libros (solo los que traten del Rif). Necesario conseguir foto del tío».

Envié el mensaje y pasé al punto dos: información sobre el Rif. Afortunadamente, poseía más cultura general que José María Arrasadera Junior, y sabía que el Rif «seguía estando» en el norte de Marruecos: un inhóspito terreno montañoso en el centro de la zona que durante algunos años ocupó España; concretamente, consulté en internet, la firma del Acuerdo Hispano-Francés sobre el Protectorado de Marruecos se firmó el 27 de noviembre de 1912, y solo cuarenta y cuatro años después, el 7 de abril de 1956, el general Franco entregó a Mohamed V, en Madrid, las acreditaciones de la independencia del país norteafricano, aunque Ceuta y Melilla permanecieron como posesión española, lo que son hoy y eran ya mucho antes de 1912.

El cliente de José María Arrasadera Junior buscaba batallas, moros, legionarios, desierto y un vengador, ese del Rif que debía titular su película, así que escribí en el ordenador «Sucesos bélicos» y fui copiando datos de la red:

- 1909, matanza del Barranco del Lobo" (mmmm, buen nombre... Le puse un asterisco para mirarlo con calma).

- 1911-1912, campaña del Kert (bien también, sonaba a más tiros).

- 1921, desastre de Annual (había oído) hablar de esto muchas veces. El líder independentista Abd El-Krim había destrozado a las fuerzas españolas al mando del general Silvestre. El mayor desastre moderno del ejército español, fuera de la guerra civil de quince años después).

· 1925, desembarco de Alhucemas (tropas españolas –al mando del general Primo de Rivera– y francesas derrotaron para siempre a los hombres de Abd El-Krim, que hubo de partir para el exilio. Su sueño de la República del Rif moría así para siempre).

Esta historia parecía buena: un caudillo mítico derrota al ejército español en una batalla mítica, pero parece cinco años después en un desembarco también mítico.

Iba a empezar directamente por ahí cuando entró un email de Manolo:

»El colega Sáez de la Encumbrada tiene una docena de libros sobre el Rif, todos descatalogados excepto uno: *Los últimos héroes del desierto*, subtítulo *La aventura española en el Rif*, editado por Ediciones Bastión, S. L. En cuanto a la foto, no he encontrado ninguna. Pregunta a su editor.»

Busqué en la guía de editores y marqué el teléfono de Bastión S. L.

–¿El general? –dijo una voz femenina que parecía sorprendida de que la línea no estuviese cortada por falta de pago–. Sí, publica aquí... ¿Fotos tuyas? Pues ahora que lo dice... No, no tenemos. ¿Él? Es muy chiquitillo... ¿O ese es el que escribe de baloncesto? Me está haciendo dudar... Pero no, no, claro... El general es otro, uno que no viene nunca. Manda sus manuscritos con un mensajero. Y recoge sus cheques igual... Ahora que caigo, jamás lo he visto... Qué gracia, ¿verdad?

Sí, muchísima; mi recompensa, menguada del primer hachazo.

–¿Y esos mensajeros? –pregunté; no iba a darme fácilmente por vencido–. ¿Podría darme su teléfono?

–Hombre, dárselo así, sin más...

–Es que verá, soy un sobrino del general, acabo de llegar a Madrid. De Marruecos. Y quería hacerle entrega al tío Jesús Mari de parte de las cenizas de mi madre, su hermana. Estaban muy unidos porque cuando ella quedó ciega, en el accidente donde perdimos a mi hermanito...

–Digo que dárselo no. Vendérselo. Vendérselo es otra cosa.

–¿Cómo? –respondí, afrentado por su insensibilidad.

–Tengo mucho ojo para estas cosas... Y usted quiere ese teléfono hasta el punto de que estaría dispuesto a pagar por él. ¿A que sí, pollo?"

No fue necesario llevar más allá el protocolo. Adquirí a través de la red, abonándolo en el acto, su *Flora, fauna, arquitectura, folclore y bares de tapas del Camino de Santiago, recorrido fotográfico comentado*, tomos I-VI, y ella me dio el teléfono en cuanto comprobó que el pago se había hecho efectivo.

Colgué sin cortesía alguna, descolgué de nuevo y marqué el número de los mensajeros. Estaba airado y lancé un gancho de izquierda apenas contestaron.

–Llamo de Hacienda –dije.

Algo se congeló y crujió al otro lado del auricular. Mi interlocutor palideció tan intensamente que casi pude oírlo. Era el momento de una serie de directos al hígado:

–Necesitamos –apréciese la demoledora utilización del plural– la dirección de un cliente suyo, el general Jesús María Sáez de la Encumbrada.

El tipo, ahora, sudaba; podía percibir las gotas deslizarse desde su frente hacia las cejas. Pronto le anegarían la visión.

–Tabor de Regulares, 4 –dijo con su voz transformada en susurrido carente de edad y sexo definidos.

–De acuerdo. Otra cosa... –dije por pura crueldad; y me puse a mirarme las uñas. Pronto surgió del otro lado la faceta más ignominiosa del alma humana:

–¿Y el código postal de don Jesús María? ¿Quiere que le dé el código postal de don Jesús María, señor inspector? –perdido en su propia vileza, el hombrecillo trataba de *don* incluso a la víctima de su delación–. Si quiere, se lo puedo facilitar... Para que no pierda el tiempo buscándolo, señor inspector.

Corté la comunicación sin más, abocándolo a La Duda.

Y salí a la calle.

Todo era encantador: brillaba el soleado día de julio, y las turistas en camiseta de tirantes señalaban con juvenil alborozo a los pajarillos que canturreaban en las alturas.

2. Los jinetes de Campomanes

Antes de nada, compré el libro de Sáez de la Encumbra. Y aluciné. Aluciné de verdad al leer la *Oda a los jinetes de Campomanes*:

«¡Quince era del siglo veinte el año!

«¡Quince el ardoroso día de mayo!

»¡La Guerrera Gloria empecinose en sobrevolar las arenas sangrientas del Rif indomesticado!

»¡Y sobrevololas!

»Como un solo hombre del capitán Estanislao Campomanes en pos, los gallardos jinetes españoles, centáuricos sobre los lomos alados de los altivos corceles que airoso bridaban, irrumpieron en el campamento del pérfido Xerife Al-Alhuy, sorprendiendo con sagacidad a su grosera –y asaz superior en número– hueste mora, que dormitaba desprevenida en procaz carencia de militar ingenio y disciplinario desvelo.

«Emocionaba los españoles corazones de los jinetes, y los ensanchaba y henchía, el hálito de la viril corneta animando a la carga. Refulgía la amarilla bola ígnea del sol del desierto en las armas enhiestas, en los correajes charolados, sobre las bituminosas botas de chispeantes espuelas.

»Sajaban alegres los sables, atronaba espumosa la armonía de los disparos, pedían –y no la hallaban– clemencia los arrodillados moros, inicualmente parapetados tras